



LA FAMILIA DE JESUS, UNA FAMILIA CON PROBLEMAS

Tenemos que quitarnos de la cabeza la idea de que la familia de Jesús fue una familia sin problemas. Por los datos que nos dan los Evangelios, sabemos que en aquella casa hubo problemas y situaciones bastante serias.



Apenas comprometidos oficialmente a contraer matrimonio, José se dio cuenta de que su mujer estaba en cinta, antes de haber vivido juntos (Mt 1,18). La solución de este conflicto no sería nada fácil. Supone mucha oración, mucho diálogo y muchos malos ratos. En todo caso, este incidente nos indica hasta qué punto en aquella pareja hubo situaciones difíciles casi desde el primer momento.

El nacimiento de Jesús acarreó también problemas muy serios al matrimonio: la persecución política, el exilio y el tener que verse como emigrantes en un país extranjero (Mt

2,13-15). Incluso después de la muerte del dictador Herodes, José se siguió sintiendo amenazado como persona sospechosa ante la autoridad política (Mt 2,21-22), hasta el punto de tener que volver a un pueblo perdido, Nazaret, en la región más pobre, Galilea (Mt 2,23). Un pueblo, además, que tenía mala fama (Jn 1,46).

Cuando llevaron al niño al templo por primera vez, un hombre de Dios inspirado por el cielo, le dijo a la madre cosas terribles: el niño estaba destinado a ser "señal de contradicción" y un motivo de conflictos (Lc 2,35), y ella misma se vería traspasada por un sufrimiento mortal (Lc 2,35).

Recordemos también el extraño episodio del niño cuando se quedó en el templo sin decir nada a sus padres (Lc 2,41-51). El Evangelio de Lucas señala expresamente que ni María ni José compren-

dieron lo que el joven Jesús hizo y dijo en aquella ocasión (Lc 2,48 y 51). Lo cual quiere decir que, también desde este punto de vista, en aquella familia hubo problemas, porque había cosas que resultaban preocupantes y que los padres no entendían.

En resumen: una familia con problemas. Y por cierto, de todas clases: problemas matrimoniales, problemas políticos, problemas entre los padres y el hijo. Una familia perseguida políticamente, desterrada, exiliada, arrinconada en un pueblo perdido, arrastrando sombrías amenazas, y viviendo situaciones que no resultaban fáciles de entender. Era una familia con problemas graves, como los problemas de tantas otras familias.

Desde el punto de vista de la fe, nosotros sabemos que en aquella familia estuvo presente lo mejor que puede haber en una casa: el favor de Dios, su gracia y su palabra. Allí estuvo

presente JESÚS. Pero esto nos viene a indicar que la presencia cercana y palpable de Jesús no excluye los problemas, la incompreensión y hasta la conflictividad. Más aún, precisamente la presencia de Jesús fue la causa de las tensiones y conflictos que se produjeron en aquel hogar.

Por consiguiente, la familia ideal no es la familia donde no hay problemas, sino la familia que escucha el Evangelio, que lo acoge y lo vive, aun a costa de tener que soportar situaciones problemáticas. En eso seguramente reside la enseñanza más importante que tiene para los creyentes la familia de Jesús.

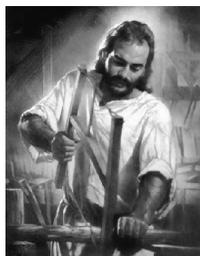


JESUS, UN HOMBRE DE SU TIEMPO

Dios no se presentó en la historia como un liberador prepotente, ni como un gran señor, que desde las alturas de su comodidad, ordena la liberación de los esclavos. El bajó al barro de la vida, se hizo pequeño y conoció en carne propia lo que es el sufrimiento humano. "Se hizo en todo igual a los demás hombres, como si fuera uno de nosotros" (Flp. 2, 6-7). "Hizo suyas nuestras debilidades y cargó con nuestros dolores" (Mt. 8,17).

Según un dicho popular, el

amor hace iguales. Y este amor grandioso e increíble de Dios hacia los hombres le hizo bajar hasta lo más profundo de nuestra humanidad. Comparó la vida del pueblo sencillo de su tiempo. Vivió, como uno más, la vida escondida y anónima de un pueblo campesino: sus penas y sus alegrías, su trabajo, su sencillez, su compañerismo; pero sin nada extraordinario que le hiciera



aparecer como alguien superior a sus conciudadanos.

Los de Nazareth le llamaban "el hijo del carpintero" (Mt. 13,55) o sencillamente "el carpintero" (Mc. 6,3).

Un pueblo pequeño no da para que un carpintero viva sólo de este oficio. Un carpintero de pueblo es un hombre habilidoso, que sirve para todo. Es al que se le llama cuando algo se ha roto en casa

o cuando se necesita un favor especial.

Jesús estaría verdaderamente al servicio de todo el que necesitase de El. Igual trabajaría con el hacha o con el serrucho. Entendería de albañilería; sabe cómo se construye una casa (Mt. 7, 24-27). Y sin duda alguna trabajó muchas veces de campesino, pues el pueblo era campesino. Conocía bien los problemas de la siembra y la cosecha (Mc. 4,3-8.26-29; Lc. 12,16-21). Aprendería por propia

experiencia lo que es salir en busca de trabajo, cuando las malas épocas dejaban su carpintería vacía; El habla de los desocupados que esperan en la plaza sentados a que un patrón venga a contratarlos (Mt. 20,1-7). Habla también de cómo el patrón exige cuentas a los empleados (Mt. 25,14-27). O *cómo "los poderosos hacen sentir su autoridad"* (Mt 20,25); El también la sintió sobre sus propias espaldas.

Puesto que el pastoreo es uno de los principales trabajos de la región, seguramente Jesús fue también pastor. En su forma de hablar demuestra que conoce bien la vida de los pastores, cómo buscar una oveja

perdida (Lc 15,3-6), cómo las defienden de los lobos (Mt. 10,16) o cómo las cuidan en el corral (Jn. 10-,1-16). Le gustaba llamarse a Sí mismo "el Buen Pastor" (Jn. 10,11).

Su forma de hablar es siempre la del pueblo: sencillo, claro, directo, siempre a partir de casos concretos.

Su porte exterior era la de un hombre trabajador, con manos callosas y cara curtida por el trabajo y la austeridad de vida. Casa sencilla y ropa de obrero de su tiempo. Participó en todo de la forma de vida normal de los pobres. Supo lo



que es el hambre (Mt. 4,2; Mc. 11,12), la sed (Jn. 4,7; 19,28), el cansancio (Jn. 4,6-7; Mc. 4,37-38), la vida insegura y sin techo: *"Los zorros tienen su madriguera y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene en dónde reclinar su cabeza"* (Mt. 8,20).

El conoció bien las costumbres de su época, señal de total encarnación en su ambiente. Es solidario de su raza, su familia y su época. Sabe cómo hace pan una mujer en su casa (Mt. 13,33), cómo son los juegos de los niños en la plaza del pueblo (Lc. 7,32), cómo roban algunos gerentes en una empresa (Lc. 16,1-12) o cómo se hacen la

guerra dos reyes (Lc. 14,31-33). Habla del sol y la lluvia (Mt. 5,45), del viento sur (Lc. 12,54-55) o de las tormentas (Mt. 24,27); de los pájaros (Mt. 6,26), los ciclos de la higuera (Mt. 13,28) o los lirios del campo (Mt. 6,30).

¡En verdad que Dios se hizo en Jesús *"uno de nosotros"*! ¡Y nadie tiene más derecho a decir esto que los pobres del mundo!

LOS ENFERMOS EN TIEMPOS DE JESUS

En tiempo de Jesús ciertamente había muchos enfermos. Los Evangelios dan testimonio de ello. Y la historia de la época también. Los duros impuestos a Roma y a la misma Judea habían dejado al pueblo en la miseria. Muchos campesinos habían perdido sus campos. Y en la más extrema escasez no es de extrañar la proliferación de enfermedades.

Pero lo más grave era que en aquella sociedad teocrática se miraba a los enfermos como castigados de Dios. Se pensaba que las enfermedades crónicas y, sobre todo, las deficiencias físicas, eran fruto de un castigo de Dios a causa de los pecados del enfermo o de sus antepasados. La ceguera, el defecto de una mano o un pie y especialmente todas las enfermedades de la piel eran consideradas enfermedades impuras, consecuencia de una maldición de Dios. Por ello el judío piadoso no debía compadecerse de esta clase de enfermos; debían ayudarles, pero con desprecio, ya que así pensaban seguir la misma actitud de Dios hacia ellos. A esos malditos de

Dios, había que maldecirlos. El que los tocaba quedaba impuro, inhábil para dirigirse a Dios en la oración. Por eso se les prohibía entrar en las ciudades. Solo podían pedir limosna en las puertas de la ciudad o en los caminos. Y en el caso de los leprosos, o sea, todos los que tenían alguna enfermedad de la piel, no podían ni acercarse a los caminos, ya que se pensaba que si alguien los miraba contraía impureza legal; por eso se les obligaba a colgarse una campanita para que el que la escuchase desviara la vista y no quedase así impuro al verlo.

Decían las reglas de los esenios, piadosos monjes del tiempo de Jesús: *"Los ciegos, los paralíticos, los cojos, los sordos y los menores de edad, ninguno de éstos puede ser admitido a la comunidad... Ninguna persona afectada por cualquier impureza humana puede entrar en la Asamblea de Dios..."*

Jesús se reveló contra esta forma de pensar de su época, ya que encerraba dentro de sí un falsa concepción de Dios. En cierta ocasión, ante un paralítico, los discípulos le preguntaron que quién había pecado, él o sus padres, y Jesús les respondió que ninguno de ellos, que su enfermedad no era fruto de un castigo de Dios.

Pero Jesús no se limitó a corregir verbalmente las falsas ideas sobre Dios. El, sobre todo, actuaba. En cierta ocasión, yendo por un camino, un ciego se puso a dar gritos pidiéndole misericordia. La gente le mandaba callar, ya que según su religiosidad aquel ciego, por ser un maldito de Dios, no merecía misericordia. Pero Jesús, en contra de la costumbre, se detuvo, conversó cariñosamente con el ciego y lo curó tocándole con su mano. Según las normas farisaicas, con este acto Jesús había quedado impuro, incapaz de hacer oración a Dios, ya que había conversado, tocado y curado a un maldito de

Dios.

Pero Jesús, con este acto, había alabado a su Padre Dios y se había acercado más a El. Jesús no ve en los enfermos unos castigados de Dios, sino todo lo contrario, unos predilectos de Dios. Por eso dice que él había venido a sanar enfermos... Aquella multitud de enfermedades tenía unas causas muy distintas a la voluntad de Dios: eran fruto de unas condiciones socio-económicas injustas. Por eso él dedica una gran parte de su actividad a cuidar y curar enfermos. Así les demostraba el amor de Dios hacia ellos. Dios no quiere la enfermedad, sino la salud para todos sus hijos.

Con su comportamiento ante los enfermos Jesús es una vez más espejo de la bondad del Padre Dios para con todos sus hijos.



LOS MAL VISTOS EN TIEMPOS DE JESUS

Palestina en tiempo de Jesús era una teocracia: las normas sociales estaban dirigidas por ideas religiosas y los mismos gobernantes eran personas religiosas.

La división de clases sociales dependía en gran parte de las actitudes religiosas, de si se cumplían o no ciertas leyes religiosas, reducidas básicamente en aquel entonces al cumplimiento del sábado y a la observancia de las purificaciones legales, cosas que difícilmente podían cumplir los pobres.

El mundo de los pobres en esta época estaba formado principalmente por campesinos, en su mayoría peones de haciendas, artesanos y multitud de gente sin trabajo, que se dedicaba a pedir limosna o al pillaje. Entre ellos había multitud de enfermos...

El pueblo, generalmente analfabeto, hablaba el arameo. Las clases cultas hablaban y leían el hebreo, el idioma de la Biblia y de todos los escritos oficiales de Judea. Estaba prohibido rezar a Yahvé en el idioma popular, como cosa indigna.

Por ello el pueblo estaba condenado a no entender gran parte de todas esas prácticas

imprescindibles para ser considerados buena gente.

Pero lo más grave no era que no entendiesen, sino que en la mayoría de los casos ni siquiera podían cumplir estas normas. Un campesino o un artesano no podía detener tres veces al día su trabajo para realizar complicados lavatorios rituales y poder así dirigirse a Dios con los rezos prescritos. Ni podían tampoco cumplir la observancia del sábado, en el que no se podía trabajar absolutamente nada, ni curar, ni cocinar, ni aun casi ni caminar. Un pobre no podía permitirse esos lujos...



Por ello los fariseos consideraban "pecadores" a todos los pobres. Su estado de pobreza era mirado como castigo de Dios, indignado contra sus inobservancias.

Murmuran de ellos: "Esa gente, que no entiende la Ley, está maldita" (Jn 7,49).

Dice un escrito de la época: "Un fariseo no se quedará nunca como huésped en la casa de esa gente, así como tampoco la recibirá en la suya". Una lista de normas añade: "Está prohibido apiadarse de quien no tiene formación".

Se conservan listas de los

oficios mal vistos en aquella época. Y llama mucho la atención que el primer lugar de estos oficios despreciados lo ocupa con frecuencia la ocupación de pastor. Los pastores no podían ser testigos en un juicio ni ocupar ningún cargo público. Se les miraba como gente ladrona y mentirosa. Para nosotros, los pastorcitos de Belén se han convertido en algo romántico, pero a los fariseos, en cambio, les sentaría muy mal lo que dice San Lucas de que la venida del Mesías fue anunciada en primer lugar a ellos.

Parece que el oficio peor visto era el de curtidor de pieles. Tanto, que era el único caso en el que se permitía a una mujer divorciarse de su marido: si éste era curtidor. Sólo conociendo este desprecio se puede apreciar el mensaje de Pablo cuando dice que se ha hospedado en casa de un curtidor de pieles: fue a buscar la casa del más despreciado...

En los documentos de los monjes esenios, contemporáneos de Jesús, descubiertos junto al mar Muerto, en el año 1945, se encuentran frases como éstas: "No me apiadaré de los que se apartan del camino". Y así oraban acerca de los que ellos consideraban pecadores: "Maldito seas; que nadie tenga misericordia de ti: tus

obras son tinieblas. Que seas condenado a la oscuridad del fuego eterno".

Jesús se sublevó contra toda esta forma de pensar. El no podía aceptar la idea de Dios que se escondía en los entretelones de todo esto. Su Padre Dios no era manipulable ni encasillable, de forma que tuviera que considerar "justos" a los que cumplían ciertas normas de conducta, y castigar como "pecadores" a todos los pobres que ni entendían, ni podían cumplir tan complicadas normas.

A los que aquella sociedad llamaba "malditos de Dios", Jesús los llamó "benditos de Dios", como muy bien lo resume el mensaje de las Bienaventuranzas. Escribas y fariseos predicaban que los pobres ignorantes estaban excluidos del Reino de Dios: eran pecadores, ya condenados. Jesús les dice que de ellos es el Reino de Dios... El vuelco que da Jesús a toda aquella manera de pensar es total.



LAS CLASES SOCIALES EN TIEMPOS DE JESUS

A la muerte de Herodes el Grande, cuando Jesús tenía aproximadamente dos años, el Imperio Romano tuvo que soportar en Palestina varias revueltas populares. Judea, Idumea y Samaria pasaron a ser una sola provincia, administrada por un procurador. Galilea y Perea durante algunos años

siguieron siendo consideradas como reino de Herodes Antipas. Iturea y Tracónide eran tetrarquía de Filipo. Fueron años de inestabilidad política y de muchas revueltas. Estas divisiones administrativas



que hicieron los romanos provocaron disputas entre las diversas regiones y muchas luchas por el poder entre las familias de la aristocracia local.

Los romanos reprimían cruelmente estas revuel-

tas. El resultado de aquellos años fue la suma de 2.000 crucificados, además de los muertos en combate, de los prisioneros y de los vendidos como esclavos.

En cuanto se establecía militarmente el orden, los romanos procuraban garantizar

el control militar del país y recibir todos los impuestos de los dominados; pero respetaban en la medida de lo posible la religión y una cierta autonomía de la administración política local de los pueblos. Por ello en Palestina mantenían el liderazgo del Sumo Sacerdote y del gobierno religioso de Jerusalén.

Geográficamente Palestina tenía dos regiones bien distintas en sus características productivas y culturales.

Al norte, Galilea, región rural y pobre. El suelo era fértil, pero estaba bastante concentrado en latifundios, cuyos dueños vivían en el sur o en Roma.

Judea, en el sur, era un región montañosa, poco apta para la agricultura y, por consiguiente, menos rural. Todas sus actividades se concentraban en Jerusalén, alrededor del templo y del comercio.

Roma cobraba pesados impuestos al pueblo de Palestina, y ofrecía algunos servicios, como caminos y canales de riego. Este sistema generaba intermediarios y aprovechadores. Cada hombre pagaba impuestos a partir de los 14 años.

Existía el tributo al Emperador, pagado por todos los habitantes del Imperio, y existía también otro impuesto que sustentaba al ejército romano de ocupación.

Así los oprimidos financiaban al ejército que los oprimía. Además de esto, estaba el tributo para el templo y aun el diezmo para los sacerdotes. El conjunto de estos impuestos era muy alto. A Roma pagaban los campesinos aproximadamente el 25% de sus cosechas y al Templo algo más del 10%.

El jornal diario de un campesino era un dracma o un denario romano, que equivalía de 3 a 4 gramos de plata. Se nece-

sitaban 4 dracmas para tener un siclo, la moneda judaica del Templo. Cien dracmas valían una mina y 6.000 dracmas equivalían a un talento. Judea debía pagar anualmente a Roma la suma de 600 talentos. Además, estaban los impuestos que quedaban en la propia provincia.

La mayoría del pueblo vivía hundido en una terrible pobreza. En las aldeas de Galilea existían aún antiguos pequeños propietarios campesinos, que intentaban resistir en régimen de auto subsistencia. Pero tenían que pagar impuestos. Había muchos trabajadores rurales empleados como jornaleros en los grandes latifundios. Existían además los artesanos del campo, que generalmente trabajaban como campesinos en tiempo de siembra y cosecha, y en las otras épocas trabajaban en cosas sin importancia. Hoy diríamos sub-empleados. En el idioma arameo se les decía simplemente "carpinteros".

Roma fue poco a poco concentrando tierras y los campesinos convirtiéndose en "pueblo de la tierra" (am'ahares), sin derecho a nada y además considerados impuros por la religión oficial.

Además se debe mencionar al esclavo propiamente dicho; esclavo doméstico o esclavo de la gleba.

La familia era muy patriarcal. Las mujeres y los niños no tenían libertad o seguridad en este tipo de sociedad.

El templo era la sede del gobierno (Sanedrín). Era una especie de banco central, además del lugar sagrado del culto. El gobierno estaba consti-



tuido así: Roma era la autoridad suprema. Interventía cuando lo juzgaba necesario. Pero generalmente dejaba a las provincias una cierta autonomía. El delegado de Siria mandaba en Judea a través de un procurador que fiscalizaba la recolección de impuestos y velaba por el orden público.

Localmente quien de hecho gobernaba al servicio de Roma era el Sanedrín, un tribunal de 71 miembros elegidos entre los sacerdotes de las principales familias y otros nobles. El Sanedrín se ocupaba de la justicia y del culto. Era coordinado por el Sumo Sacerdote, nombrado anualmente por los romanos.

Muchos de los miembros del Sanedrín venían del partido de los saduceos. Eran aristócratas, y muchas veces latifundistas. Colaboraban con los romanos. En el plano religioso eran conservadores.

La aristocracia sacerdotal estaba constituida por el Sumo Sacerdote en funciones en aquel año y por otros que ya antes habían sido sumos sacerdotes.

Participaban también de esta categoría, el comandante, los siete vigilantes y los tres tesoreros del templo. Toda esta aristocracia ligada al templo legitimaba con el poder religioso la concentración en sus manos de las tierras de los pequeños.

Existía además una aristocracia laica, constituida por latifundistas, comerciantes y cobradores de impuestos. En el Nuevo Testamento se les llama "ancianos" o "príncipes del pueblo".

Algunos sacerdotes unían la función de propietarios de tierra y la de comerciantes. Cuentan,

por ejemplo, que Anás mantenía la exclusiva de la venta de los animales que eran usados para los 329 sacrificios diarios del templo.

Los fariseos constituían el segundo partido político importante. Fariseo significa separado. Había varias clases de ellos, algunas más populares, otras más elitistas. Generalmente eran doctores de la ley, hombres religiosos y más abiertos que los saduceos.

Los esenios eran una especie de monjes que vivían en el desierto del mar Muerto en comunidades ascéticas regidas por una regla monástica. Profesaban un cierto mesianismo político, no estaban de acuerdo con los cultos del Templo y se preparaban para la guerra santa.

El grupo de los zelotas vivía en estado de guerra. Representan el ala más radical de los fariseos. Querían liberar al país del yugo romano y realizar la llegada del Reino de Dios a través de la acción revolucionaria. Así movilizaron al pueblo con promesas de liberación y se organizaron clandestinamente en las zonas montañosas para la lucha armada contra los romanos.

FUENTE:

Padre José L. Caravias, S.J